

collares y piochas, de su calzado con tacón alto, de las empecatadas esencias que, según el señor Canónigo dignidad de Maestrescuela de la Catedral, oían á infierno. La comidilla y el escándalo diario en Estela fué la casa de Landoira.

Andaba á la sazón fray Diego de las Llagas viajando largo para atender á muy diversos asuntos, unos terrenales y otros espirituales, que interesaban á su convento y á su Orden, y que le obligaron á pasarse cosa de año y medio en Roma, donde desenredó activamente varias marañas y dió muestras de su aptitud conciliadora. Al regreso á Estela, y en su propia celda, visitada por clero y señorío, se enteró inmediatamente de la chismografía atrasada. Cargó sobre todo la mano en los detalles y en apreciaciones severísimas el antes nombrado Canónigo Maestrescuela, D. Tomás Resende, hombre de rígidos principios, Inquisidor también, pero de los literales, partidarios de «hacer escarmiento». Por gusto de don Tomás, á más de cuatro se hubiese achicharrado,—y no perdía ocasión de echar pullas á fray Diego con motivo de su lenidad. En esta ocasión, sin embargo, coincidieron los dos Inquisidores: meneando la cabeza, el Maestrescuela sugirió:

—Que me emplumen si eso no es obra del italiano...

Y fray Diego, fiel á su corazonada, metiendo las manos en las mangas del sayal, actitud franciscana por excelencia, asintió:

—¿De quién había de ser?...

La conversación entonces tomó un giro tortuoso, y las reticencias fueron más que las frases.

VII

Preocupado y ensimismado el fraile, salió del convento y subió la prolongada cuesta que, al través de dos ó tres callejas empinadas y sombrías, conduce desde San Francisco á la Santa Enseñanza. Antes de dirigirse al locutorio á preguntar por Columba, quiso entrar en la iglesia del monasterio á rezar unos padrenuestros. La iglesia estaba solitaria á tales horas; ante el altar mayor, una figura negra, esbelta, se postraba. La sangre le dió un vuelco al franciscano; había reconocido á Rolando en el devoto, que ya se levantaba haciendo una genuflexión, y se retiraba, no sin mirar repetida y fijamente hacia el coro alto, donde se oía el rezo un poco gangoso, cadencioso, porfiado como lluvia mansa, de las monjitas.

—¿A qué viene este pajarraco aquí?

La interrogación que á sí propio se dirigía fray Diego, da á entender que no se encontraba dispuesto ya á enfrascarse en rezos y devociones. Sólo su boca oraba. Su pensamiento volaba, tumultuoso, y su mirada, que se posaba

en el altar distraída, de pronto se fijó fascinada en algo no percibido antes. La sacudida fué tal, que el fraile se tambaleó, balbuciendo:

—¡Jesús, Jesús! ¡Mi santo Patriarca!

En la hornacina central del altar, de honda y rica talla dorada, campeaba un grupo de San Miguel y el dragón. El príncipe de las milicias celestiales era, como es siempre, un lindo mancebo, de cara de mujer y cuerpo gallardo y musculoso. Su vestidura, magníficamente pintada y estofada, y el emplumado casco de oro que ceñía sus negros bucles, le asemejaban á las miniaturas de los códices, que le representan elegante y terrible. Hincaba el pie con energía sobre las roscas escamosas y verdes del monstruo infernal, y asestaba virilmente el hierro de la lanza hacia su jeta, contraída por la rabia y el dolor. El escultor había dado al dragón cuello y cabeza humana, y cabeza no repugnante, sino también hermosa, juvenil y como impregnada de una desesperación infinita. Un rayo de sol, al través de la ventana ojival, venía á iluminar la frente pálida y los ojos de vidrio del Malo, y fray Diego, espantado, creyó estar mirando la propia frente, los mismos ojos líquidos, submarinos, del «caballero».

Momentos después, en el locutorio, la Abadesa daba al alarmado Inquisidor noticias de la hija de los Condes de Landoira. Noticias excelentes: una santita, y el asombro de madres y educandas por sus precoces virtudes y su continua y férvida devoción. El genio, eso sí, algo triste; pocas migas con las compañeras, ningun-

na travesura, ninguna chiquillada. Su futuro esposo, el joven Marqués de Armariz, había venido un día á visitarla, y edificó á todas la modestia con que le recibió, y como ni un punto alzó la vista del suelo, tanto que al otro día corrió por Estela un dicho del Marqués: «A no habérselos visto en otro tiempo, no sabría de qué color los tiene.»

Rumiando estos informes—que parecían óptimos y sin embargo no acababan de agrada-
le—, y volviendo á ver en su imaginación la cara del desesperado á quien el Arcángel pisotea, se encaminó fray Diego al palacio de Landoira. Desde el portal pudo advertir las innovaciones que los murmuradores comentaban. Encantadoras tapicerías francesas de vivos tonos revestían las paredes de la escalera y la antecámara; criados de librea, ceremoniosos, abrieron puertas y precedieron al visitante, que refunfuñaba á lo sordo, de puro asombrado y descontento. En los salones que tuvo que cruzar para llegar hasta la cámara de don Fernando de Aponte, advirtió también la metamorfosis: en lugar de los serios y altaneros muebles á la española, bargueños y sitiales, vió dorados espejos y estofas sedeñas, y en la pared cuadros de asuntos lascivos, desnudos clásicos y mitologías eróticas. Si fray Diego de las Llagas se deja llevar del asco, hubiera escupido. Aquel trozo de Versalles representaba la pérdida del alma y honor de la casa de Landoira...

Y su indignación subió de punto al ser introducido en la estancia donde solía pasar las

tardes el Conde. Revestíanla sedas ostentosas, y en una especie de lecho de aparato—reminiscencia versallesca también—yacía tendido el señor de Aponte, con un gorro fino en la cabeza y una rameada bata de floripones, todo de francesa hechura; al alcance de su mano, en una mesita, tallados frascos colmos de vino, pasteles, dulces, grajeas y pastillas en cajas de plata; quemándose en un pebetero, un perfume que daba vértigo, y al lado de su esposo doña Juana, escotada, peinada á la Montespan, cubierta de joyas y encajes de oro, y prodigando mimos y carantoñas al Conde, que sonreía imbécilmente, con baboso libertinaje...

No supo el Inquisidor hacer otra cosa más que persignarse.—Se persignaba á prisa, susurrando los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en ardiente invocación. Avanzó después, y sin poderse contener, dirigiéndose á la Condesa, exclamó:

—Hermana, cubra ese pecho...

Dió un respingo la señora y aplicó sobre su busto maduro y mórbido el pañuelo de encaje que tenía en la mano.

El Conde se enderezó apenas: su cara revelaba el estrago de algo que no se podía definir á primera vista; sus ojos brillaban en su cara demacrada y pintada de colorete, como los de un roedor saturado de arsénico.—¿Era aquél don Fernando de Aponte?—El fraile se detuvo, mudo y cortado. ¿Qué iba á decir, qué consejo dar, qué resolución esperar de un hombre que en tal estado se encuentra?

Doña Juana, entre tanto, convidaba al Inquisidor á vino de Málaga y golosinas; y ante la vehemente negativa de fray Diego, se sentaba silenciosa, como el que da á entender que una visita molesta.

—¿Qué buen viento le trae, fray Diego?—articuló al fin el Conde lánguidamente.—¿Cómo le ha ido por Roma? ¿Se ha solazado mucho su paternidad? ¿Está reconciliado con Italia?

Un momento titubeó el fraile antes de contestar. Se le atropellaban en la boca palabras y conceptos furiosos.

Al cabo soltó aquellos que le parecieron propios del caso presente.

—Mal pudiera reconciliarme con Italia, como su merced dice—articuló en tono incisivo y mirando fijamente á doña Juana—, cuando allí he averiguado que tiene doble motivo para renegar de las artimañas italianas el que sea buen español y súbdito leal de nuestro Señor el Rey. En Roma se sabe cuanto ocurre por el mundo, y se murmura todavía de lo sucedido en el Palacio real, al morir la Reina doña María Luisa. Sepa su merced que se coló allí una italiana, hija y sobrina de italianos, y con ella entró, no sólo la muerte, sino la brujería; porque embrujado está el Rey nuestro Señor, y exorcismos hay que aplicarle, á ver si logran deshacer la obra de la malvada, y que la Monarquía, con esta nueva Reina, consiga heredero... De Italia, sépalo el señor don Fernando si lo ignora, viene este arte maldito de los hechizos... ¡y de

algo más!, y con las drogas de Italia se sazonan los platos y se componen los filtros que han de atontar y barajar el seso... Los perfumistas no son tales perfumistas; son *otra cosa, otra cosa*...— y apoyaba el fraile sobre la enigmática frasecilla—. Así como han atentado á la sacra vida de la Reina de España, y á la sacra salud del Rey, atentaron en Francia á la del Monarca Luis el Grande.—¡Castigo de Dios por sus desórdenes!

Doña Juana temblaba, lívida bajo el colorete. Una involuntaria mirada de angustia que le dirigió, enardecido más al franciscano.

—Hermanitos gemelos son el pecado y la muerte: no lo olvide, señor Conde de Landoira... Por los sentidos entra el pecado, y por la boca la droga impura. Vivir honestamente, con sencillez, ejercitando buenas obras, rigiendo su casa y familia, es el modo de llegar á viejo... Y, hablando de la familia: ¿cuándo casamos á doña Columba? Diecisiete años ha cumplido; urge darla esposo. Su primo el Marqués de Armariz es por todos estilos digno de ella. El día de su salida de la Santa Enseñanza debe ser el de sus bodas.

—Se... se hará... lo conveniente... ¿No es cierto, do... doña... Juana?—balbuceó aleladamente el señor.

—Así es; lo conveniente—respondió evadiendo la respuesta la señora, cuya turbación iba en aumento.

—De... de mi hija... dispongo yo—afirmó don Fernando—. Lo mismo que... de mi mu-

jer...—Y encandilado, dejando fluir de su boca un hilo de baba, alargó los dedos y tocó la barbilla y garganta de la señora, que se echó atrás, confusa por la presencia del Inquisidor. Este, gravemente, se levantó, dirigiéndose hacia la puerta, y exclamando:

—Aquí ni se puede admitir convite de vino ni silla de amigo... Queden en paz los Condes de Landoira; no crean que si fray Diego se marcha, dejará de encomendarles á Dios en sus cortas oraciones...

Al salir, desbordante de indignación, tropezáronse el fraile que iba y Rolando que venía. Los ojos gatunos fosforecieron y el Inquisidor volvió á persignarse, sintiendo que, á cada cruz trazada sobre frente y pecho, el hierro agudo de una resolución violenta se le afincaba en el alma...

VIII

Hay pensamientos y zozobras cuyo peso difícilmente soporta el hombre sin confiarlo á otro hombre. Al cruzar por delante de la casa de los Marqueses de Noaña, el Inquisidor alzó los ojos, miró al agobiado Atlante, que parecía sudar y jadear bajo la pesadumbre del globo que sus hombros hercúleos sufrían, y se comparó con él, y la afirmación legendaria acudió á su men-

te: «Cuando pase una mujer honrada...» Desechó la amarga idea: si doña Juana estaba embrujada ya, Columba era inocente, y apremiaba defenderla.

Aquel mismo anochecer, en un vasto y sombrío aposento amueblado con librerías cargadas de pergaminosos infolios y decorado con pinturas religiosas en cobre, departían el Canónigo don Tomás Resende y fray Diego de las Llagas. La claridad de un velón de tres mecheros puesto sobre una tallada mesa—escritorio, alumbraba la estancia débilmente; pero de cerca acusaba con vigorosos contrastes de c aroscuro los rasgos de las fisonomías graves de los dos inquisidores. Fray Diego abría su corazón oprimido, contaba sus ansiedades y sus sospechas, comentadas por don Tomás.

—Hartas veces tengo dicho á su paternidad que gastar blandura con los malos es peor que ser malo—declaró don Tomás, así que oyó la relación del fraile.—Si desde que apareció en Estela ese hechicero se pudriese en un calabozo, no podría haber maleficiado á toda la familia de Landoira.

—Alto ahí, señor Maestrescuelá, que no es todo tan llano como su merced lo pinta. No quisiera yo presentarme al juicio de Dios cargado con la culpa de pudrir en un calabozo á quien no me conste que lo merece en justicia y ley. Indicios vehementísimos no son certidumbres.

—De tales escrúpulos de monja se prevaleen los malos—arguyó don Tomás, alzando un dedo

amenazador—. Ya no hay Tribunal de la Fe; ya no hay verdaderamente Inquisición en Estela, ni tampoco en España. A nadie se castiga. Valientes sandios estamos y buen papelón el que hacemos. Paréceme su paternidad á aquel maridazo, que lo negaba porque no lo había visto sino una vez. Y ahora no alegará su paternidad que hay pecado de ignorancia. El dichoso caballero Rolando figúrome, al contrario, que sabe tanto ó más que su patrón y abogado Belcebú...

—Por lo menos tiene la misma cara y los mismos ojos—pronunció abismado en pensares el franciscano.

—Y los mismos hechos. ¿Se figura, hermano, que ese peje se vino á esconder á Estela por haber rezado rosarios y cantado letanías? Algún moscardón le zumbaría á los oídos, que si no... Están los tiempos, fray Diego, que es cosa de jurar que el enemigo anda más suelto que nunca anduvo. Antes, San Miguel lo tenía sujeto por la punta del rabo, y ahora ni por ahí. Su paternidad, ¿no ha oído contar en Roma cosas que erizan el vello?...

—Sí, por cierto... ¡Cosas he oído que apenas pueden creerse... ni que las consientan arriba sin mandar un rayo!...

—¿Le han hablado de la misa negra?... ¿La misa al revés...? ¿La misa sacrilega?...

—Sí, sí, á mi noticia llegó... En París, en medio de tantos lujos y tanto arte como dicen que allí florece... y con lo devoto que es el Rey Luis, aunque pecador... hombres que han re-

cibido el sacramento del Orden sacrifican niños, empapan en su sangre la partícula (el Santo Sacramento sea loado) y dicen esa misa infame sobre el cuerpo de una mujer...

—¿De alguna meretriz?...

—De grandes señoras... las más ilustres... ¡Sí repito, Maestrescuela, que no puede creerse!...

—Todo cabe en la naturaleza humana, corrompida por el pecado y manejada por el Tentador... Esos ritos del averno llegarán también aquí, y los cumplirá, si logra ordenarse, el caballero Justino Rolando, protegido del muy necio señor Conde de Landoira.

—Para que remedemos ese y otros males que amagan, he venido yo á consultar al docto Maestrescuela.

—Pues no hay que quebrarse tanto los cascos, ni hace falta sabiduría. La Inquisición echa mano mañana mismo al brujo. Y en asegurándole...

—Y un escándalo inaudito en Estela; y los Landoira, mis amigos, afrentados, señalados... No, procedamos con cautela, y hartémonos de razón; reunamos cargos fundados, irrefutables, contra el que llamamos brujo, y entonces...

—¡Brava flema! ¡Cargos! ¡No me ha dicho, hermano, que ese hombre, ó diablo, tiene en Landoira un gabinete escondido donde manipula las drogas y potingues?

—No basta. En esos hornillos hará arrebol para doña Juana, ó filosofará, como tantos, buscando la alquimia del oro.

Entró en aquel punto la criada del canónigo, portadora de la bandeja con los hondos pocillos rebosantes de soconusco. Y al ensopar los inquisidores el primer tajo del famoso bizcochón de las monjas de Belvista, repuso don Tomás, siguiendo el hilo de la plática:

—¡Lo que él filosofa... no quisiera yo tomármelo disuelto en este chocolate!...

Por la tarea de absorber el suyo, ó de puro consternado, calló fray Diego. Fué el Maestrescuela quien volvió á la carga.

—Puesto que no quiere su paternidad avenirse á lo más acertado, que sería echar el guante al brujo y quemarle en debida forma, al menos, urge ponerle en estrecha vigilancia por los medios de que siempre ha dispuesto nuestro Santo Tribunal, y que ya apenas practica, desdichadamente. Esta vigilancia no la fiaremos á ningún familiar: correremos con ella en persona. Y nos encargamos también de casar cuanto antes á doña Columba y á su noble pretendiente don Ramón Nonnato Armariz.

—¡Eso sobre todo! ¡Antes que nada!— exclamó fray Diego, revelando cómo le interesaba, más que castigar á Justino, prevenir el daño de la hija de los Condes.

—Poco á poco; ahora soy yo quien lo dice... Hay que proceder con tino. Vea su paternidad al joven Marqués y entérele, no de la verdad completa, sería imprudente, pero sí de que hay influencias que podrían aunarse para estorbar su matrimonio; que viva prevenido y dispuesto á lo que se ofrezca. Y mañana, *Deo volente*, doña

Cabreira, dueña mayor de la Condesa de Landoira y pariente del Padre Alvaro de San Benito, comparecerá aquí y hará declaración jurada de cuanto sepa y haya visto en casa de sus amos. Su declaración será contrastada por la del mayordomo D. Segundito, que antes mandaba allí y ahora está á las órdenes del brujo, cosa que no le será gustosa, ni se lo puede ser humanamente. Y si hace falta delación expresa, la habrá.

Concertados quedaron los dos Inquisidores en poner por obra al otro día su acuerdo; pero cuando fueron á ejecutarlo, supieron que don Fernando y doña Juana, con la servidumbre, habían salido hacia el Pazo de Landoira, en la Ribadulla. Nada tenía de extraño el caso, pues en Mayo acostumbraban siempre ir á disfrutar de la hermosura del campo los señores; y, sin embargo, fray Diego se admiró, porque, habiéndoles visto la víspera, natural parecía que se lo anunciaran. Adivinó una marcha súbita, dispuesta, acaso, para librarse de él. No quedaba en el palacio sino el portero, viejo pasivo y taciturno, del cual no se podían esperar declaraciones importantes.

Ante el imprevisto obstáculo, nuevamente conferenciaron los inquisidores. En el primer momento no sabían qué partido tomar; las comunicaciones eran en aquel tiempo difíciles, y Landoira dista ocho leguas de Estela. Don Tomás, siempre amenazado de ataques de gota, no sufría ni el zarandeo de la litera. Fray Diego, más ágil, podría hacer la jornada si, recién lle-

gado de Roma, no le obligasen estrictamente á permanecer en el convento lo menos doce ó quince días el despacho y arreglo de los asuntos que tanto importaban á su Orden.

—Pues déjelo para entonces, fray Diego— aconsejó don Tomás—. Repare que doña Columba, á pesar de las aprensiones de su paternidad, no corre peligro; en el convento está bien guardada. Aprovechemos estos días para entendernos con el Marquesito de Armariz y apresurar la boda.

IX

Hízose así, y fray Diego, agobiado por quehaceres inaplazables, si no olvidó el interés que le inspiraba la suerte de doña Columba, hubo de relegarlo á segundo término. El Canónigo, más desocupado, fué quien activó la secreta negociación matrimonial.

Cierta tarde, ya á boca de noche, pasaba fray Diego por una calleja que forman las tapias del huerto de la Santa Enseñanza y las del antiguo Hospital de leprosos. Cruzóse con él una sombra, una figura de hombre, suelta y airosa, recatada por sombrero ancho y capa oscura. Sintió fray Diego algo singular, una vibración en el pecho, aquel aviso profético que se jactaba de recibir en

las horas críticas; y, volviéndose, quiso seguir al embozado; dobló la esquina de la tapia... Ni en los cercanos agros, ni en el estrecho y fétido callejón que serpeaba al pie de ellos, vió á nadie. Dijérase que la tierra se había tragado á la figura misteriosa. Flotaba no más en el aire un resplandor de ojos entrevistos, una centella verde...

Lleno de indecible inquietud, corrió al otro día fray Diego á interrogar á la Abadesa, cuya respuesta fué tranquilizadora. Columba estaba allí, como siempre, tranquila, melancólica, muy asidua al rezo. El clavo de la ansiedad quedó, á pesar de todo, hincado en el alma de fray Diego de un modo intolerable. ¿Qué hacía en Estela el brujo? Atropellando negocios, expedientes y cabildeos con padres graves, salió el franciscano al decaer la fuerza del sol, caballero en lucia mula, hacia Landoira.

Todo el camino experimentó una impresión singular, acentuada á medida que la noche se acercaba; parecía que, á una distancia siempre igual, precedía al choque de las herraduras de su mula contra los pedruscos un ruido idéntico, más lejano, como si otro viajero le antecediese. Aunque ni era apocado ni supersticioso, el franciscano se persignó y rezó bajito. Cuando la ceniza delicada del crepúsculo fué envolviendo el valle del Ulla, dejó de oírse el metálico sonido distante. Fervorosamente, fray Diego recitó un Ave María; una campana argentina acababa de llorar, á lo lejos, el *Angelus*.

No era tan sencillo fray Diego que se dirigiese al Pazo de Landoira. Tomó por conocidos atajos, y se halló pronto en la Rectoral. Seguro estaba de la amistad del Abad de Landoira, y hasta de su cooperación y obediencia; llevábale un nombramiento de familiar de la Inquisición de Estela, y tenía derecho á reclamar sus servicios, su silencio y su hospitalidad.

Empezó el Abad por disponer suculenta cena al huésped; despachados los huevos frescos, las magras de jamón con torreznos, el vinillo del país que huele á violetas y fresa silvestre, el queso de tetilla y la jalea de membrillo, conferenciaron el eclesiástico y el religioso. Este deslizaba preguntas, formulaba interrogaciones hábiles.

—Infestado anda el país de brujería— declaró el Abad—. Nunca he visto igual descaro. Se reúnen las hechiceras en la fuente de los Angeles y en la cueva de la Pena, que están al pie del río. Bailan y pecan al aire libre, con mil obscenidades que no refiero, porque ofenden las piás orejas... Maravillado me tenía que no tomase mano en esto el Santo Tribunal. Y en cuanto al caballero Rolando, no sé qué decir... A las altas horas, en el desván del Pazo, se ve desde fuera rojear la llama de sus hornillos, y si no elabora más que unturas para la Condesa, muchas gasta esa señora... El es allí el amo, en eso no hay duda. Por cierto que me contó ayer mi criada, que se lo oyó á la moza que apaña hierba para las vacas en Landoira, una cosa rara de ese italiano. Es el caso que ha mandado ma-

tar, en diferentes épocas, hasta tres cochinos magníficos, cebados y enormes. Después los ha hecho abrir en canal y colgar en la bodega. Así los dejó quince ó veinte días, sin salarlos, hasta que se pudrieron, y apestaban que confundían. Luego ordenó que se quemasen... Se han perdido ahí algunos doblones... No hallo explicación á tal capricho.

Calló el Abad, de pronto, al notar que á fray Diego se le descomponía el semblante—. No en balde venía el fraile de Roma, de escuchar cien veces la historia ó la leyenda del *acqua tofana*, de la horrible *cantarella*, el célebre veneno de los Borgias, obtenido frotando con arsénico el cuerpo de un cerdo abierto en canal, y recogiendo cuidadosamente el líquido que gotea de la carne descompuesta y saturada de ponzoña... Un temblor nervioso se apoderó del Inquisidor... Ya no podía caberle duda... ¡Oh, corazón profeta, corazón zahori!

Proporcionó el Abad á fray Diego el disfraz que deseaba; ropas no eclesiásticas; las que gastaba el mismo Abad para ahorrarse la sotana y salir en busca de la perdiz en el otoño. Serían las once cuando, provisto de cuchillo, yesca, pedernal y recio bastón, calzado de paño, salió recatadamente el fraile, y se enhebró por las sendas floridas que conducían al Pazo de Landoira. Era su intención ver si ardía el satánico hornillo, y acechar lo que á tales horas sucediese en el Pazo. Se sabía de memoria entradas, salidas y rincones, y conocía una puerta mal cerrada de la sacristía, un paso por la tri-

buna de la capilla, que iba á dar al interior de la mansión de los Condes. La aventura soliviantaba el espíritu del hombre de acción y de sentimiento. Estaba en campaña contra *Belcebú*.

X

De la tribuna de la capilla, por la cual pasó deslizándose, salió á la balconada descubierta, de granito, toda entapizada de enredaderas, y de hiedras, por donde se accedía á distintas habitaciones del palacio, entre ellas la que solía ocupar el mismo fray Diego cuando le hospedaba el Conde. Alzó el pestillo de la ventana desde afuera con la hoja del cuchillo que llevaba para tal fin, y entró en el aposento. Echó yesca y encendió una vela de cera, puesta en alto candelero. Un silencio medroso reinaba en aquella parte del vasto edificio.—Alumbrándose con la vela, reconoció el fraile el trascuarto que servía de desahogo al aposento, y vió en él una portezuela nunca usada, que salía á una antecámara y á un pasadizo angosto, abierto en el espesor de los muros, y en desuso también. Conducía el pasadizo á una antesalilla ahogada, convertida desde el arreglo de la residencia señorial en almacén de trastos de desecho; y la puerta de esta antesala—condenada

y sin llave—daba en otro tiempo ingreso al salón principal del Pazo. El franciscano apagó la vela, se encaramó á un mueble carcomido, y acercó el rostro al mainel encristalado, iluminado por luces que en el salón ardían. Miró... Sus ojos, fascinados por el espanto, no podían apartarse de la extraña escena.

En el testero del salón, revestido de pardiazules tapicerías flamencas, ardía la chimenea, á pesar de haber pasado la estación del frío. Las ventanas estaban cerradas; las velas de los candelabros y las lámparas que pendían del techo, encendidas. Y cerca del fuego, ante soberbia mesa de mármoles, doña Juana y Rolando, en pie, con las cabezas muy próximas, se dedicaban á una tarea que al pronto parecía humorística é infantil. Armada la Condesa de tijeras, dedal, aguja é hilo, y teniendo delante un cestillo lleno de retazos de tela, cortaba diminutas prendas de ropa, á la medida de un muñeco de cera, como de media vara de alto, en cuyo semblante pensó fray Diego hallar vaga semejanza con el de don Fernando de Aponte, Conde de Landoira. Las mórbidas manos de doña Juana, donde brillaban esmeraldas y suavemente refulgían perlas, no descansaban en la febril labor de adaptar á la figurilla un ropaje parecido también al que solía usar el esposo de doña Juana. Como que los retazos procedían de trajes de don Fernando, y los galones de plata y oro que guarnecían la casaca del muñeco, eran arrancados á una del Conde. De cuando en cuando, la Condesa se detenía un momento para mirar

á Rolando, para intentar acariciarle. Pero el italiano daba prisa.

—Pronto, pronto... Antes de la media noche...

Y las tijeras rechinaban y la aguja corría, corría... Cuando el muñeco estuvo vestido del todo, Rolando apremió otra vez:

—Los cabellos, los cabellos... Las raeduras de uñas... El diente...

De un papel doblado extrajo doña Juana unos bucles de pelo, un diente blanco y pequeño, lechal. Eran reliquias de la infancia de don Fernando, conservadas por la madre, ahora entregadas por la esposa para el horrendo maleficio. Con arte y presteza, Rolando adaptó á la testa del muñeco los bucles; en la hendidura de la boca, implantó el diente; en las manos hincó las uñas cortadas. Hecho esto, desprendió del corpiño de la Condesa un largo alfiler de oro. Al auxiliarle para que encontrase fácilmente el alfiler, doña Juana se inclinó con vehemente anhelo, y recogió de la boca de cinabrio del brujo la irritante miel que buscaba, en sorbo largo, chupón y goloso. En esta actitud les sorprendió la hora de la media noche, que sonó en el aparatoso reloj de caja—uno de los primeros que vinieron á España—con flauteada y plateada serie de golpecitos temblones. Rolando rechazó á la señora, y tomando el muñeco, en el lugar del corazón clavó lenta y reiteradamente el alfiler, murmurando las palabras de un conjuro, erga bárbara que pronunciaba con impresionante solemnidad. Así que tuvo bien acri-

billado el pecho de la figura, enrojció el alfiler en las brasas, y tendiéndolo candente á doña Juana, murmuro:

—Ahora tú, Condesa.

Horripilada, vacilaba la señora; pero el brujo buscó á su vez los labios sedientos, y después del halago, la mano de la esposa, esgrimiendo el alfiler, apuñaló nuevamente el pecho del muñeco, representación del marido... Al hacerlo, creyó oír—no podía decir dónde sonaba—una queja sorda, un lamento del otro mundo... Era fray Diego, que lloraba y rugía á la vez, de dolor, de indignación, de grima...

—Ahora — dispuso Rolando — al fuego con él...

Doña Juana cumplió la orden. Sobre las brasas de la moribunda chimenea depositó la figulina; la llama prendió en las telas, abrasó en un segundo los bucles, derritió la cera, socarró el dienteillo. El olor de chamusquina era sofocante. Se oyó otro gemido... Un reguero de chispas voló al consumirse todo...

XI

Fray Diego se bajó del mueble de un salto, y despavorido, ciego, huyó, tropezando con las paredes, salvando puertas, recovecos y pasadi-

zos, con alocada rapidez. Nunca supo cómo ni en qué tiempo salvó la distancia que separa el Pazo de Landoira de la casa rectoral. Al llegar á ésta, el Abad, que bajó á abrir y alumbrar al inquisidor, se espantó de la alteración de sus facciones. Daba diente con diente como si hiciera frío—con ser la noche templada, primavera—; su boca salmodiaba rezos, sus rodillas se entrecrocaban, y lo único que pudo decir fué:

—Voy á acostarme... No estoy bueno... Echeme encima algún abrigo...

Sin más aclaraciones se dejó caer, tiritando, sobre el limpio lecho que el Abad, preparada su propia cama en un mal catre, cedía á su huésped. La fiebre se declaró á las pocas horas; antes de que amaneciese, fray Diego deliraba. Hablaba de filtros, de hoguera, de alfileres de oro, de una mujer perdida, de brujos; discursos sin ilación que el párroco no entendía. ¿Qué podía hacer? Bastábale la brega de asistir al enfermo, de sujetarle, de cuidarle á su modo, con los escasos recursos que ofrecía la medicina casera de entonces. Muy apurado se veía el buen Abad, y ya iba á despachar un propio á Estela en busca del mejor médico, cuando la criada, vieja comadre labriega, sabidora á su modo, corrió al tapial, colmó su manteo de picote de haces de ortigas frescas, y se las presentó á su amo, barbotando humildemente:

—No he de ser yo quien le asacuda, que sería vergüenza... Asacúdale, señor, sin duelo; dele bien, que le salte la sangre, y se le irá del cuerpo toda la malinidad del mal. Yo arrimaré al fuego